

METROPOLI, PROVINCIA Y CAMPO⁸⁴

Estamos asistiendo a un espectáculo desconcertante.

La metrópoli, hinchada de vanidad y de poderío, desbordantes de lujo y de magnificencia, crece en forma desmesurada. Palacios y palacetes, grandes hoteles y mansiones señoriales, ciudad del deporte y zonas de placer, espléndidos edificios para negocios o para suntuosas viviendas, actividad febricitante, ansias de lucro y de derroche, suntuosas fiestas y elegantes despilfarros; el dinero, que no cuesta mucho esfuerzo ganar, dilapidado en mil fruslerías; los nuevos ricos haciendo alarde y ostentación de su opulencia; tales son los síntomas y las manifestaciones de arrogancia y de plétora que día con día nos ofrece la gran ciudad.

El que sólo conociese éstas y no se asomase a lo que ocurre en la provincia y en el agro, creería que México se encontraba en plena bonanza, que en nuestro país todo era prosperidad y ventura.

Pero el que se asome a la periferia, ¿qué descubrirá? ¿Cuál es el panorama que ofrecen los Estados, en qué situación se encuentran las pequeñas poblaciones, las vastas y lejanas campiñas?

Hasta allí hay que penetrar, para darse cuenta de la tragedia que la nación padece.

En la Capital de la República se concentra todo: los grandes recursos del erario federal, para proveer al sostenimiento de la alta burocracia y de un ejército cada vez más numeroso de empleados; las oficinas de las grandes compañías mercantiles o industriales, con derrama prolífica de altos sueldos y crecidos emolumentos; comercio en auge, fábricas y manufacturas en constante desarrollo, y de más a más, acumulación de los mejores cerebros y de los hombres más dinámicos que la provincia envía y continúa enviando, en caravanas, en tropeles, en series interminables.

La provincia se despoja de sus mejores y mayores energías en provecho de la Capital, que todo lo absorbe: caudales y fuentes de vida, hombres de

84 *El Universal*, 9 de octubre de 1946.

dinero y gente de acción, que acuden a la gran urbe, ansiosos de brillar, de dar de sí, de desenvolverse en lo económico y en lo cultural.

La provincia, por todas éstas y por otras causas múltiples, languidece, se marchita y se agosta. Lo que debiera ser manantial de fecundidad y de vida, se vuelve ergástula, asilo de miserias y campo de explotación y de desesperanza.

Allí impera a sus anchas y sin control, el cacicazgo. Caciques pequeños y grandes. Liderzuelos de ínfima categoría pero de ambiciones absurdas, de codicia desenfrenada, esquilman a su antojo a los infelices moradores. Nada se libra de su rapacidad. Alcabalas, monopolios, mercado negro, agobiadores impuestos, exacciones fiscales agotantes, trabas y restricciones innumerables al hombre de empresa, atentados y tropelías a gran escala: tal es el triste cuadro de la provincia. ¡De la provincia que debiera ser el nervio y la salud de la Patria!

La queja melancólica y doliente de la provincia martirizada, llega a veces hasta la metrópoli engreída; pero ¡qué pocos reparan en ella, qué pocos la entienden, la sienten y la acogen!

“Basta comparar la situación de los Estados de la República con la de la Capital, para concluir que, exceptuando Nuevo León, Jalisco y Puebla, las provincias degeneran en los órdenes material y moral; mientras la urbe crece desproporcionada, compleja y perjudicialmente, y al mismo tiempo vuélvese la zona más degenerada del país.”

Tal es la recriminación, la airada y justa requisitoria de los mejores representantes de la provincia. Así la ha recogido en sus columnas radiantes de verdad, un modesto órgano periodístico de los buenos hijos de Oaxaca que no olvidan ni desdennan lo que deben al generoso solar nativo.

Ahora bien, como la gran mayoría de quienes forman la nación mexicana está constituida por la población que radica en las veintiocho entidades federativas, “es evidente —añade el vocero a que aludo— que mientras la provincia continúe en decadencia, creciendo a la vez la gran urbe patológicamente, el país no puede ni podrá lograr progreso integral y efectivo”.

¿Pero qué esperanza queda a la provincia, mientras en ella los caciques sean señores de haciendas y de vidas?

“A pretexto de la unidad nacional, absolutamente artificiosa —continúa la requisitoria—, ex mandatarios del país y de los Estados, como caciques mayores, se han constituido en los “mandamás” de zonas y entidades completas del país, imponiendo desde uno o varios gobernadores, hasta un presidente municipal o colector de rentas, y creando un engranaje político, administrativo y económico, en verdaderas zonas de influencia, absorbente, monopolizador y expoliador, que cierra

toda oportunidad a la iniciativa privada de quienes con ellos no se confabulan en negocios o lucros.”

¿Se quiere mejor pintura, descripción más exacta y realista del infierno provinciano?

Y el campo, ¿qué decir?

¿Qué decir de nuestras campiñas devastadas, assoladas, hechas inhabitables, por la acción conjunta de los mal llamados líderes agrarios, de los zánganos del crédito ejidal, de los rufianes impuestos por los gobernadores, de los agentes de penetración del comunismo hipócrita y artero, de toda esa oleada, en fin, de factores de explotación y de desintegración irremediable?

Cuando no es la sequía, es la Reguladora, o es el banco ejidal fatídico, o es el agio local, o es el mercado negro, o es el monopolizador de frutos y semillas, o es la banda de abigeos sin escrúpulos, protegidos en forma cínica por lo que allí se llama autoridad; o es todo esto junto, lo que se abate, como aluvión mortífero, sobre la agricultura languideciente, sobre el campo desolado que, víctima de la maldad, del abandono o de la apatía, se niega a dar sus frutos.

¿Y qué tiene que resultar de tamaño desastre? Grandes extensiones sin cultivo, o miserablemente cultivadas, y las masas humildes, carentes de pan y de esperanza, en la miseria y en el desamparo. ¡Sólo una minoría de nuevos ricos, en el auge y en la esplendidez, satisfechos y engreídos, hablando de democracia, de progreso y de conquistas de la revolución!...

Al enriquecimiento de unos cuantos, se le llama realización del ideal, y a los amargos frutos de una política de anarquía, de fraudes y de devastación, se le llama cumplimiento de los postulados revolucionarios.

¿Intervenir el orden de las cosas, es sabiduría? ¿Es demostración de triunfo y prueba de acierto inflar y acrecer la urbe parasitaria, a expensas del campo productor y de la provincia creadora, reserva insustituible de energías?

Quiérase o no, la evidencia se impone. Atravesamos una etapa de extravagantes paradojas y de absurdas anomalías, en la que nada está en su lugar y todo anda al revés. Si se quiere salvar a México, hay que ir de la periferia al centro, de los manantiales de salud y de fuerza a lo que de ellos se alimenta y vive, y en vez de cegar aquéllos, para que todo lo demás se derrumbe y perezca, dedicar toda la atención de gobernantes y gobernados, de cerebros directores y de energías dirigidas, a la tarea inaplazable de salvar la agricultura, de aliviar la provincia, de hacer producir al campo, creador del pan y de toda básica riqueza, para poner fin a la devastación del agro, a la despoblación de la provincia, a la crisis angustiosa de la urbe, cada vez más amenazada de consunción y de anemia, cada vez más ansiosa de pan.